

La alegría es un regalo de Dios. Hay que aprender a utilizarla, conservarla, expandirla y regalarla. La alegría está en todas partes.

Y, ahora, que esperamos la inminente llegada de Jesús en Belén, nuestra alegría tiene que ser más intensa en estos días porque sabemos que Dios está cerca; tomará nuestra condición de hombres para, menos en el pecado, ser uno más de nosotros.

Nuestras vidas no están exentas de experiencias dolorosas, de pruebas, de sufrimiento, de rechazo, de dificultades, de incomprendimientos, de dolor y de conflictos. Pero en medio de todas las pruebas hay que saber conservar el dinamismo de la alegría, porque es mucho más que un sentimiento fugaz, es un estado del alma que nace de la fe. La alegría es el canto de un corazón lleno de Dios.

¡Señor, quiero estar alegre, pero a veces los dolores me consumen, concédeme tu gracia para tener siempre mi corazón en paz, alegre y radiante en amor! ¡Jesús, maestro bueno, que mañana te harás presente en Belén, quiero seguir tus pasos! ¡Quiero levantarme cada mañana alabándote y dándote gracias por todo lo que me regalas cada día, para descubrir Tu presencia en cada instante de mi vida y vivir en la alegría del encuentro y la alabanza! ¡Enséñame, Señor, a vivir con alegría los hechos cotidianos de la vida! ¡Envíame tu Espíritu Santo para que no me venza el desaliento, para que no pierda la esperanza, para que la rutina del día a día no aminore mi fe, para que no pierda la capacidad de asombro ni de sorpresa ante las cosas en apariencia pequeñas que realizas en mi vida! ¡Ayúdame, Señor, a vivir una fe alegre, serena y comprometida, que no se oculte ante las pruebas y se empequeñezca ante las adversidades! ¡Dame la alegría, Señor, de anunciar y vivir los valores del Reino aunque produzcan incomprendimiento y soledad! ¡Descúbreme, Señor, la alegría de quienes dieron la vida por el Evangelio! Amén